

ciso abandonarlo, pero Carlos quiso ejecutar este proyecto.

La reforma habia nacido en Escocia entre el pueblo, y ascendido hasta el trono en lugar de bajar de él; así fué, que el clero escocés, que profesaba la opinion de la oracion espontánea, de la autoridad legislativa, y de la libertad de los ritos, tenía horror á semejantes innovaciones; los nobles temian verse precisados á devolver los bienes usurpados á los obispos; el pueblo se escandalizó con el aparato que se deslegaba en las pomposas ceremonias que se conservaban por la iglesia anglicana, lo que consideraba como una idolatría católica; y recordaba estas palabras del primer apóstol del puritanismo: «Los caballeros, los jueces y el pueblo de Inglaterra, debian no sólo resistirse á la reina María, otra Jezabel, desde el momento en que comenzó á atacar el Evangelio, sino hasta hacerla morir con todos sus sacerdotes y cómplices.»

Así fué que cuando se introdujo la nueva liturgia en Edimburgo: *¡Es el papa el Antecristo!* exclamó una mujer; y todos repetian; *El papa y el Antecristo.* Tanto al dean como al obispo, se les asaltó á pedradas, con libros y sillas. La misma escena se renovó en todas partes; la sublevacion fué general. Precisado Carlos á apoyarse en el clero anglicano, persiguió á los no conformistas, que sufrieron con heroico fanatismo. Expuestos en la picota con las orejas cortadas, apiñábase la multitud por verlos; y como quisiese alejarlos el verdugo. *No los rechaceis,* gritó Burton; *bueno es que aprendan á sufrir.* Viendo palidecer á un manco, le dirigió estas palabras: *¿Por qué, hijo mio, desfalleges? Mi corazón no vacila; y si tuviese necesidad de más fuerza, Dios me la concedería;* levantando despues la esponja empapada en sangre de sus mutiladas orejas, exclamó: *¡Bendito sea el Señor, que me ha juzgado digno de sufrir por él! He perdido algunas gotas de sangre; dispuesto estoy á derramarla toda por sostener la verdad de Dios y el honor de mi rey contra la usurpacion de los papistas. ¡Gloria á Dios y larga vida al rey!*

Habiendo ocurrido el caso de presentar un ramillete á Bastwick, una abejase posó en él: *Ved, exclamó, á este pobre animal que llega hasta la picota á chupar la miel de las flores: ¿por que*

*no he de disfrutar yo tambien de la miel de Jesucristo? Pryn decia: Cristianos, si hubiésemos tenido cuidado con nuestra libertad, no nos veriamos en este lugar; por la libertad de todos vosotros hemos arriesgado la nuestra. Conservadla bien, os lo ruego; permaneced firmes en la causa de Dios y de la patria; si no, tanto vosotros como vuestros hijos os vereis sujetos á una eterna servidumbre.*

Algun tiempo despues, Lilburne, á quien azotaban por las calles por la misma causa, comenzó á predicar; mas como fuese en vano el mandarles guardarse silencio, se le puso una mordaza; entonces sacó de su bolsillo papeles, que fueron recogidos con avidéz por el pueblo; concluyóse por atarle, y la multitud le admiró.

De esta manera se exasperaban los ánimos, é inhábil Carlos para reprimir con la fuerza á los que habia irritado, proclamó una amnistía, á condicion de que se conservara la liturgia. Pero sesenta mil insurgentes se levantaron al grito de *¡Mueran los episcopales!* y se presentaron millones de peticiones; la insurreccion era dirigida desde Edimburgo por cuatro mesas, una de lores, otra de nobles inferiores, la tercera de ministros del Evangelio, y la última de diputados de la ciudad. Atizaba Richelieu aquel incendio; y proporcionaba dinero y armas. Pronto se formó la liga llamada del *Covenant*, de la profesion de fé de 1588. Pero los confederados se obligaron además, en nombre de Dios, á defender la verdadera religion, á oponerse á todo error contra ella, á unirse para la defensa del rey y su autoridad, con objeto de garantizar la religion, la libertad y las leyes. En masa acudió el pueblo á adherirse á aquel acto, y el rey se vió precisado á negociar. Pero no fué bastante el que suprimiese la liturgia y el tribunal superior de comision; el sínodo de Glasgow abolió el episcopado, y fulminó la excomunion sobre todos aquellos que no se adhiesen al *Covenant*.

No quedaba, pues, otro recurso que las armas (1637). Las rentas del rey se encontraban restablecidas sin que hubiese tenido necesidad de reunir el parlamento; poseía una hermosa escuadra con cinco mil hombres á bordo, y se dió orden á veinte mil infantes y seis mil caballos de ponerse en marcha. Los escoceses se

apoderaron de los almacenes, de las plazas fuertes y de las rentas reales; Leslie se puso á la cabeza de un ejército que se reclutó con ardiente entusiasmo, en nombre de Jesus convenantario (*Covenanter*), y Richelieu proporcionó armas. Si Carlos lo hubiese atacado, hubiera vencido, pero no tenia osadía y resolucion, ó tal vez desconfiaba del ejército ingles, en el que habia tantas quejas como en el otro, y hasta por ideas más bien que por hechos. Tuvo, pues, la debilidad de aceptar proposiciones; pero apenas licenció sus tropas, cuando fueron violadas, y se vió obligado á volver á empuñar las armas. Habiendo sido convocado el parlamento de Irlanda y el de Inglaterra, la rápida actividad de lord Strafford hizo al primero y al clero votar subsidios; pero enorgullecidos los comunes ingleses con los aplausos del pueblo, y la necesidad que el rey habia tenido de convocarlos despues de once años de interrupcion, instruidos además de la rebelion de Escocia, conocieron que era preciso apoderarse del timon del Estado, y reclamaron contra los abusos cometidos en los años de silencio. Colocándose como custodios de la libertad; sin ruidosas agitaciones, expusieron con osadía, no ya al rey, sino al pueblo y por la prensa, los graves abusos que no era ya posible tolerar. Más tarde, cuando los lores se opusieron á sus pretensiones, se les contestó: «¿Qué tiene de comun vuestra nacion con la nuestra?» Entonces Carlos, con el prestigio de once años de despotismo, recurrió de nuevo á la peligrosa medida de la disolucion.

Resultaron de esto turbulencias en Londres, y aparecieron intenciones republicanas con la máscara de religion. Convocado al mismo tiempo el sínodo del clero que el del parlamento (1640), hubiera debidoser disueltos on él; pero cosa nueva, continuó, decretó setenta cánones de extremada tolerancia, y votó trescientas mil libras esterlinas, que unidas á las sumas ofrecidas por los lores, permitieron al rey poner en pié un hermoso ejército. Pero se vió anticipado de los escoceses, que no hacian, decian, la guerra á la Inglaterra, sino á la faccion de Cantorbery, á los que llamaban en su lenguaje bíblico, los Balaam, los Aman y los Corés.

El ardor fué usado en lugar del orden y la

sangre fria, y contra el parecer de lord Strafford, tuvo el rey que resignarse á tratar.

Carlos, cuyos recursos se habian agotado, recurrió á un quinto parlamento, que más encarnizado, adquirió bajo el nombre de *Largo parlamento*, una celebridad igual á la de la Asamblea nacional de Francia, y produjo semejantes efectos. En un principio no se habia pensado en hacer una revolucion; mas una vez sacada la espada de la vaina, se apoderó de los ánimos una dolorosa admiracion. No era cosa nueva la guerra civil en el país; pero siempre se habia declarado la resistencia en nombre de las leyes y derechos ciertos y exactos. Entonces ambos partidos se acusaban mutuamente de ilegalidad é innovacion, lo; dos con verdad en atencion á que el uno habia violado los antiguos derechos del país, y el otro reclamaba franquicias y un poder desconocido hasta entonces; de aquí, para ambos, la necesidad de justificarse por medio de una gran publicidad.

Toda la nacion tomó parte en la lucha que entonces se empeñó. «Apenas emancipada de una opresion que habian condenado, sin evitarla, las leyes de sus abuelos, buscaba con passion garantías más eficaces; pero eran siempre en estas mismas leyes, de una impotencia ya experimentada, en la que se cifraba su esperanza. Nuevas creencias é ideas fermentaban en su seno; les concedía una fé viva y pura, y hasta se entregaba con fuerza y con confianza, á aquel entusiasmo que sigue á cualquier precio al triunfo de la verdad; y al mismo tiempo, modesta en sus ideas, fiel con ternura en sus costumbres, llena de respecto hácia sus antiguas instituciones, queria creer que lejos de cambiar nada de ella, no hacia más que tributarlas homenaje y ponerlas en vigor. De aquí procedió la singular mezcla de osadía y timidez, sinceridad é hipocresía, en todas las publicaciones, ora oficiales, ora libres con que se inundó á la Inglaterra. No tenia igual el ardor de los ánimos, el movimiento universal, inaudito, desarreglado. En Londres, en York, en todas las grandes ciudades del reino, los folletos, los periódicos irregulares se multiplicaban y propagaban en todos sentidos; cuestiones políticas, religiosas, históricas, noticias, sermones, planes, consejos é invectivas, todo tenía cabida en ellos, todo se contaba y debatía; vo-

luntarios mensajeros los referían en los campos, en los tribunales, los días de mercado, en las puertas de las iglesias adonde se reunían para comprarlos y leerlos; y en aquella explosión de todas las ideas, en medio de aquel llamamiento tan nuevo á la opinión del pueblo, mientras que en el fondo de las medidas y de los escritos reinaba ya el principio de la soberanía nacional en contraposición del derecho divino de las coronas, los estatutos, la jurisprudencia, las tradiciones, las costumbres, se invocaban sin cesar como únicos jueces legítimos del debate; y la revolución existía en todas partes sin que nadie se atreviese á decirlo, ni tal vez á confesárselo.»

Gran número de diputados iban por ejercer venganzas mucho tiempo alimentadas y con el firme propósito de cambiar el orden de cosas, fraccionar el poder real, derribar á Strafford, *apóstata de la causa del pueblo*, y al episcopado, apoyo del trono. Tenían á su cabeza hombres de gran capacidad, principalmente á Juan Pym; y su influencia era tanto mayor, cuanto más resuelto se manifestaba. Sin embargo, Pym y el mismo Hampden, cuya oposición era de las más avanzadas, se reducían á querer asegurar el gobierno del país á los comunes, bajo la imposible garantía de un rey aparente: Creían conseguirlo, no con un acto constitucional positivo, sino trasladando todos los asuntos á la cámara baja y concentrando el poder en manos de los ciudadanos. Unido Pym á los puritanos de los tres reinos, sobornó á los irlandeses, para que acusasen á Strafford, contra quien se entabló un proceso producido por sus quejas. Confiando en su inocencia, se presentó, en lugar de evitar el peligro, á sus enemigos. Pym le denunció á la cámara de los lores como culpable de lesa majestad, y pidió su arresto, que fué decretado por los pares del reino.

Esto era apoyar el triunfo de los innovadores, que comenzaron entonces la obra de las reformas. Ya Carlos había excluido á los católicos de la judicatura y del ejército; ellos libertaron á la Iglesia de todas las supersticiones, es decir, de todo lo que quedaba del antiguo culto. Decretóse la duración trienal del parlamento, la inamovilidad de los jueces, y la supresión de las contribuciones y tribunales

ilegales; decidióse además que el tesoro daría cuenta de los gastos, y que los depositarios del poder serían responsables de sus actos. Estas eran medidas de gran importancia para la libertad pública; pero se llegó hasta querer darles un efecto retroactivo, procediendo contra los que habían obrado en contra de lo que se había decretado; aquel cuyo crimen no podía probarse era denunciado como delincuente; acusación de una generalidad temible para los que votaban en el parlamento, en sentido contrario al de la mayoría, ó elegían á miembros de la oposición. De esta manera se sofocaba la libertad, como acontece con frecuencia en las revoluciones, en nombre de la misma libertad.

Además los periódicos lanzaban exclamaciones. Con la esperanza de salvar Carlos á Strafford cedia primero en un punto y luego en otro y poco á poco llegó á no poder salvar á su ministro ni aun á sí mismo. Laud, que era el único apoyo que le quedaba, era detestado como jefe de la gerarquía; y aunque aconsejaba al rey en un sentido pacífico, fué preso.

Sostenidos los escoceses por la secta puritana, hacían presente sus pretensiones, y se encarnizaban entre ellos contra los *incendiarios*, denominación tan vaga como la de *delincuentes*, y aplicada á todo el que había obedecido al rey. Los puritanos tenían en Londres un templo muy frecuentado, en el que predicaban contra la gerarquía; multiplicaban los ayunos, las oraciones á Dios, para que el soplo de sus narices ayudase á los débiles á reducir á humo á una Iglesia perversa y contraria á las Escrituras. En suma, el liberalismo aparecía revestido con el estilo bíblico, como en otro tiempo con la incredulidad, y sus apóstoles habían convertido el Evangelio de caridad en un Corán de guerra.

Dióse efecto retroactivo al bill sobre la responsabilidad de los ministros para proceder contra Strafford, á quien se le imputó como un crimen hasta las palabras pronunciadas en el consejo del rey, y lo que aún es más, sus intenciones. En efecto, Pym declaraba que los veinte y ocho artículos de acusación presentados contra él no componían, considerados uno á uno, el crimen de lesa majestad; pero que juntos manifestaban la atención de derrocar el estado. Strafford se defendió con tanta digni-

dad, y presentó tan bien á los lores el abismo que abrían bajo sus pies, la vergüenza que había en poner en juicio, y por deposiciones secretas, á un ministro que no había hecho más que ejecutar las órdenes del rey, que estaban á punto de absolverle, cuando los comunes renovaron en el bill de *attainder*, una de las infamias de Enrique VIII. Según los términos de aquella acta el parlamento podía, como medida de alta policía, pronunciar una condena sin pruebas suficientes.

Conoció entonces Carlos cuán difícil le sería salvar á aquel á quien había dicho: *Como soy rey no tocarán un solo cabello de vuestra cabeza*. No pudiendo formarse un partido en medio de las fraccionadas opiniones de la cámara, pensó en apoyarse en una masa más sólida y unida, en el ejército, compuesto de caballeros que impondrían silencio al parlamento por la fuerza. Pero rodeado como estaba de traidores, se denunció su proyecto; y los comunes, cuya irritación y osadía se aumentó, le quitaron la facultad de prorogar ó disolver el parlamento. Al mismo tiempo se extendían noticias alarmantes entre el pueblo sobre los peligros que amenazaban á las libertades nacionales, y se le hacían creer las cosas más absurdas. Una petición llena de innumerables firmas se presentó pidiendo la cabeza de Strafford, el más hábil y fiel sosten de la corona. Habiéndose retirado los lores amigos del ministro, no tomaron asiento más que cuarenta y cinco cuando se le declaró por veinte y siete votos merecer la pena de muerte por haber mandado se alojasen tropas en las casas de los ciudadanos, é impuesto un juramento arbitrario á los escoceses que residían en Irlanda.

Enfurecido el pueblo, exigió que Carlos ratificase la sentencia. Vaciló el rey, y convocó á los obispos, de los cuales sólo uno le dijo que no podía en conciencia condenar á un inocente; cuatro le exhortaron á que arrojase á Jonás al enfurecido mar. Lloró, rogó y firmó. Al recibir esta noticia Strafford; exclamó con el Salmista, *No confieis en los reyes ni en los hijos de los hombres de quienes no se puede aguardar la salvación*; y murió con la firmeza de la inocencia (1641), honrado con una compasión de que el rey se hizo indigno por su cobardía.

Después de esta vergonzosa condescenden-

cia ¿qué existencia podía estar segura? Los comunes colmaron la medida de la infamia añadiendo que aquella sentencia no serviría de ejemplo para nadie, debiendo ser juzgados todos los demás ingleses por los tribunales comunes.

De esta manera el trono quedaba sin defensa. La reina, que era católica, y que había sido desde la muerte de Buckingham, única favorita de Carlos, temblaba por sí misma. Al odio contra Carlos, tratado de tirano, se unía el desprecio por su cobardía; pues no sabía ni encontrar la fuerza necesaria para resistir, ni aprovechar el oportuno momento de ceder. Envalentonados los comunes, dieron el nombre de *hermanos* á los insurrectos escoceses; aliando de aquella manera el calvinismo de aquella nación á las libertades de la clase media de la Inglaterra; y prolongaron por un año la permanencia de aquel ejército en Inglaterra para tener tropas á su disposición; después, al licenciarlo, se le repartieron 300,000 libras esterlinas.

En este estado de cosas, nuevos acontecimientos llegaron á destruir el resto de autoridad del rey. La Irlanda había sido conquistada por los ingleses; pero aun cuando se le arrebató el *Pale* no pudo nunca fundirse con los conquistadores y los recién llegados. Habiéndose hecho la Inglaterra protestante, debió querer que lo mismo sucediese con la Irlanda; pero las discusiones que prepararon la reforma no habían penetrado en el país, y el mando de los aborrecidos conquistadores hacia que amasen más al culto de sus padres. Isabel gastó 90.000,000 en diez años para domeñar á los irlandeses, que vencidos por la fuerza de las armas, se unieron como á una libertad, á lo que los separaba del vencedor, y la idea de reforma quedó en sus ánimos unida á la de conquista. Los medios tiránicos con cuya ayuda Enrique VIII é Isabel había impuesto á la Inglaterra sus innovaciones religiosas, eran ineficaces en Irlanda, en atención á que si importaba en la primera reforzar la autoridad real para extinguir los partidos, hubiera sido preciso debilitarla en la segunda para borrar los recuerdos de una soberanía nacional.

Exigiendo, pues, la razón de Estado la conversión de los habitantes que era imposible obtener, se comenzó á expulsar á centenares á

los católicos para reemplazarlos con los protestantes. Seiscientos mil fanegas de tierra, confiscadas por la rebelión de Dermonb, se ofrecieron á los que quisiesen ir á residir en el país. Jacobo I confiscó otras quinientas mil imponiendo á los colonos la obligación de no sufrir á un solo irlandés en su territorio. Los que habian sido desposeidos tuvieron que refugiarse en los bosques, permaneciendo de esta manera separados del lugar de su origen y creencia. La ciudad de Londres fundó entonces á Londorry, donde estableció el puritanismo.

Cuando ya no hubo más tierras de qué apoderarse, Jacobo I, tirano sofístico, recurrió á un nuevo expediente para despojar á los irlandeses; inventó la estratagema de obligarlos á probar legalmente su derecho de propiedad, ó á restituir á la corona los bienes que poseían. Una nube de procuradores cayó entonces sobre la Irlanda, adonde los atraía la promesa de participar del botín; y como despues de tantos años de guerras se habian perdido muchos títulos, no hubo ninguna propiedad segura. Las que se arrebatában á los poseedores que no podían dar las pruebas pedidas, enriquecieron á los protestantes.

Los católicos esperaban que la protección de Enriqueta les proporcionaría al ménos el restablecimiento de su culto; pero Carlos I no sabia fijarse francamente en ningun partido y renovó contra el Connanght, aún intacto, los expedientes de su predecesor. Strafford, á quien habia enviado en calidad de virey con soldados y legistas, hizo declarar que el rey era el único propietario, pues todos los demas no poseían sino en virtud de una concesión emanada de él. En vano decidió el jurado en sentido contrario, Strafford castigó al jurado y al scherif para enseñar docilidad á los demas. Considerando, pues, todos los derechos como usurpados al gobierno, se dedicó á limitarlos; y despótico en sus opiniones, hábil en los medios de ejecución, supo sacar de Irlanda subsidios para el rey; pero aunque oprimiendo, procuraba al país tranquilidad, industria, comercio, y una buena administración.

En el momento en que Carlos sucumbía, conoció la necesidad de ganar el afecto de los irlandeses, é hizo justicia á sus agravios; pero pronto ocurrió el largo parlamento, que fué en-

tonces el verdadero rey. Las hostilidades entre la Escocia y la Inglaterra parecieron á los irlandeses una ocasión favorable para recobrar su libertad. En su consecuencia, multiplicaron en su parlamento las ordenanzas destinadas á disminuir el poder real. Pero los antiguos irlandeses y los nuevos estaban muy divididos en sus intereses. Si los primeros querían restablecer su independencia, los segundos temían perder bienes mal adquiridos; si los unos pedían la religión de sus padres, los demas, ardientes puritanos, no trataban más que de destruir el episcopado.

No pudiendo los jóvenes que se destinaban al sacerdocio hacer su educación en la isla, eran enviados á Italia y á España, donde adquirirían una elevada idea del poder papal, y grande afecto á su culto exterior que transmitían despues á sus ovejas. Añádase á esto que los potentados extranjeros, hostiles á la Inglaterra, alimentaban en aquella población esperanzas de socorros; tal vez los mismos ingleses fomentaban el descontento con la idea de enriquecerse con las confiscaciones que seguían á la rebelión.

Un hidalgo llamado Roberto Moore de Ballynagh, propietario en otro tiempo de extensos dominios, que veía entonces divididos entre colonos ingleses, se entendió con otros antiguos jefes de la isla para asaltar en la misma hora á todos los extranjeros, y hacerse dueños del fuerte de Dublin, que contenía armas para doce mil combatientes. En el mismo momento en que los anglo-irlandeses dirigían nuevas pretensiones á Carlos, que pensó, para ponerse en guardia contra ellos, ocupar aquel mismo fuerte de Dublin, convencido del odio de los católicos á los puritanos, trató secretamente con ellos para que empuñasen las armas. Aprovechando una circunstancia que se presentaba tan á tiempo, se sublevaron, en efecto, y en la impetuosidad de su cólera, asesinaron á los ingleses en número de cuarenta mil, según unos; de doscientos mil, según otros; las casas fueron incendiadas y hasta el ganado exterminado. Los temibles hombres del clan del Ulster, que obedecían á sir Phelim O'Nial, se señalaron entre todos por su ferocidad.

Demasiado tarde conoció Moore que es más fácil verificar sublevaciones que dirigirlas. Se

preparó, sin embargo, con los demás jefes, á sostenerse vigorosamente, declarando al gobierno que habia empuñado las armas para reivindicar sus derechos, la libertad de conciencia y la igualdad con los ingleses. Formóse una asociación nacional con este objeto, y todos los irlandeses juraron armarse en defensa del rey, de la religión y de sus derechos.

Carlos reclamó del parlamento los medios necesarios para castigar y reprimir á los rebeldes; pero los comunes hicieron circular la noticia de que él mismo era autor y cómplice de la rebelión; tal vez también los mismos insurrectos no fomentaron esta opinión más que para justificarse. El parlamento redactó una *manifestación* muy vehemente sobre los males del reino, que recapituló exagerándolos, y suponiendo la existencia de una tenebrosa trama contra la constitución, entre los papistas y jesuitas. En su consecuencia, los comunes pidieron que se excluyese á los obispos del parlamento, se aboliesen las ceremonias del culto, y que todos los ciudadanos profesasen uno solo. Estas peticiones encontraron eco en las pasiones del vulgo, que se armó para defender el parlamento á quien nadie amenazaba; los caballeros hicieron otro tanto para proteger al rey cuya seguridad podía verse comprometida; y se designó á los unos con el nombre de cabezas redondas (*roundheads*), y á los otros con el de caballeros. Tanto unos como otros querían la libertad; pero éstos creían que negar los impuestos, la responsabilidad de los ministros, y la convocación del parlamento cada tres años, bastaba para poner un freno á los abusos; aquéllos trataban además de dar á la cámara el mando del ejército, el nombramiento de oficiales, de los consejeros de la corona y de los funcionarios encargados de distribuir la justicia.

Todos estaban por lo demás conformes en odiar á la reina, y se hablaba en particular de acusarla. Pidió entonces un asilo á Francia, pero Richelieu le contestó: *En semejantes circunstancias quien abandona su lugar lo pierde*. En su consecuencia, Carlos I intentó por ella uno de esos actos de valor que salvan en las revoluciones, pero sólo á los que no han comenzado mostrando miedo; este fué el acusar él mismo de lesa majestad á algunos jefes republicanos. Se presentó en el parlamento y pi-

dió su arresto. Sorprendida la asamblea, se prorogó; pero declarando que el rey habia violado sus privilegios, pidió satisfacción, y llamó al pueblo á las armas (1642). Carlos que habia salido de Londres, donde triunfaban los republicanos, se humilló de nuevo y concedió todo, al mismo tiempo que solicitaba socorros del extranjero.

Alegando el parlamento tramas de los papistas, pidió un cuerpo de tropas para su defensa, y sin inquietarse por la negativa de Carlos, desconoció los principios de un gobierno constitucional, atribuyéndose el derecho de reclutar un ejército; medida que justificó pretestando la necesidad de defenderse de las tramas que preparaba, decían, el rey para cambiar la religión. Tomó á su servicio las tropas reunidas para marchar contra Irlanda, y todos á porfía le ofrecían la mayor cantidad de oro que podían. Resuelto Carlos á hacer lealmente la guerra, desplegó en Nottingham la bandera real, proclamando que no tenía otro objeto que sostener la religión protestante, gobernar según las leyes, y ejecutar las decisiones del parlamento.

Casi todos los pares acudieron en su auxilio, como también los caballeros, los episcopales y los católicos; personas de lujo, de opulencia, de crédito, de la alta sociedad; pero la totalidad de la nación, los grandes propietarios y los hombres más enérgicos adoptaron el partido del parlamento; tuvo, además, la escuadra que interceptaba los socorros del extranjero (1643). El conde de Essex y Guillermo Waller mandaban las fuerzas de los liberales. En este estado, propuso el parlamento á los escoceses reunir las dos naciones, y el sínodo que las dirigía en aquella anarquía religiosa, aceptó la oferta, á condición que ambas iglesias no formaran más que una. Formóse, pues, un *covenant* que producía la destrucción del episcopado, y que pronto fué seguido de una *liga de socorros fraternales*, en virtud de la cual los escoceses enviaron veinte mil combatientes. Carlos publicaba prohibiciones y protestas; dirigió, además, á los miembros de ambas cámaras que habian permanecido fieles, una invitación para ir á tomar asiento en Oxford, adonde él se habia retirado. Reuniéronse en este punto ciento setenta y cinco miembros de la cámara baja y ochenta